

# «¡Ven Dora, ven...!»

La planta de la bota se estrelló en su rostro. Cayó tendida de espaldas y no supo más hasta que abrió los ojos y se dio con el intenso calor del sol en el cielo azul. Los soldados ingresaban y salían de las casas. La pollera de una mujer joven se batió hacia un extremo, pero fue obligada a regresar. Intentó moverse. Aquella situación parecía irreal, su cuerpo no le obedecía. Escuchó disparos de metralleta, algunos más cercanos que otros, además de voces y gritos. Trató de poner en orden sus ideas entre un persistente sonido que le atormentaba. Tendría que arrastrarse un trecho para escapar de aquella pesadilla. Movié los ojos, y allí estaban aquellos hombres repentinamente presentes ganando la esquina con las manos en la nuca, rodeados por los soldados. Desde el suelo, el bosque de piernas adquiría otra dimensión con el ruido de los pasos sobre la grava. Alguien protestó dejando la fila y cayó de un culatazo que sonó como si rompiera algo. El grupo enarboló el suicidio; los soldados dispararon. Varios hombres cayeron en el acto. El que recibió el culatazo era una corva. Entre quejidos y gritos, el resto fue obligado a subir a un "caimán". Ella cerró los ojos mientras el zumbido del motor se alejaba. El sol seguía con toda su fuerza sobre la cabeza, el rostro, los cabellos empapados de sudor y tierra. Pensó que esta vez lograría abandonar el lugar. "Parece que ya no están los soldados" - dijo alguien en voz baja. - "No te muevas, viene un jeep" - advirtió una segunda voz. Ella reconoció a los estudiantes cuando levantaban las barricadas. La oportunidad para pedir ayuda o simplemente decirles que estaba viva, se esfumó. No le salía ningún sonido, no tenía voz. El jeep pasó levantando polvo. Intentó moverse pero los estudiantes saltaban sobre ella evitando todo contacto. Saltando sobre los demás cuerpos se perdieron en el lado opuesto a la calle amplia y larga.

Cuando creyó que había llegado el momento de dejar aquel lugar, volvieron a escucharse disparos, esta vez desde el helicóptero. La metralleta castañeteaba con una sonoridad que le pareció inconfundible, percibió además la presencia de una persona que se arrastraba hacia ella. Se orientó por el jadeo. Era un hombre que ganaba distancia tratando de ponerse a su altura. El vio su rostro buscando un punto de contacto con la realidad. Ella vio el terror en aquella faz cuya boca se abría para decir algo, mas el hombre abandonó su esfuerzo y se quedó besando la tierra, mientras el helicóptero se alejaba haciendo circunferencias.



La carita de Dora se acercó para darle un beso. - Hoy comprarás el libro de geografía ¿verdad? - dijo la niña. - Ediciones Bruño ¿no? - dijo la madre. - Sí mamá, que es la edición del ochenta, de este año. Ambas saludaron a una mujer que cruzó el patio llevando una charola con panecillos. ¿vendrás a recogerme? - preguntó la niña. - Hoy no podré - dijo ella, tomando la carita entre las manos. Dora se resignó. - Nos veremos en la pensión ¿bueno? - añadió besándola. De una habitación sin ventanas, salió un hombre muy delgado seguido de un niño. El niño se acercó y casi gritó: ¡señora Leo, sus zapatillas estarán listas para esta tarde! Dio la vuelta y ambos caminaron de prisa hacia la puerta de calle.

La niña se fue tras ellos y en la puerta agitó la mano derecha llevando la mochila a la espalda. Ella regresó a la habitación. Bajó el volumen del televisor se quedó hojeando el libro de contabilidad. Vio el almanaque; le quedaban dos días de vacación, el tiempo había volado. Dejó el libro sobre la cama y luego acercó la cara al espejo del peinador. Era la hora de la novela. Pensó en la entrevista con un futuro cliente, apenas se reincorporase al trabajo, mientras subía las pestañas con el índice. en ese instante la mujer de

los panecillos, dijo que se cortó la energía eléctrica debido a una explosión. Ella giró ligeramente la cabeza para ver el televisor que seguía transmitiendo la novela con las voces quedas de los actores. Por el espejo vio a la muchacha de la terraza bajando las gradas. "¡Lucho, teléfono!" "¡Ultimátum desde Trinidad!" "¡Hay disparos en el centro!" "¿Dónde está Trinidad?" subió a la terraza. La enorme hoyada se abría a las casas de adobe y ladrillo rojizo, que parecían irse en un torrente bajo el soplo de un viento frío. Al fondo, la cadena de cumbres nevadas sobre el cielo azul límpido, y más al sud la belleza del majestuoso y solitario illimani, como si se tratara de una corona blanquísima con sus 6.322 metros de altitud. Aquel panorama ahora le parecía terriblemente premonitorio.

"¿Han tomado la COB?" "¿Hay un nuevo presidente?" Salió a la calle. ¿Dora estará camino a la escuela? Corrió dos cuadras, al llegar a la tercera, alargó el brazo hacia el único eucalipto de la esquina para equilibrarse y siguió corriendo hasta confundirse con los manifestantes. Los trabajadores gritaban estribillos ante el anuncio de un nuevo golpe militar. Del grupo salió un muchacho, casi un niño, y gitando un gorro con los colores de la bandera boliviana, que luego se lo puso a la cabeza, corriendo en dirección contraria. Tomó un pedregón y lo lanzó. Solo así descubrió al escuadrón que venía dispuesto a todo. El vendedor de empanadas la empujó con el canasto y tropezó con la cara de una niña campesina reventando el globo de la goma de mascar. La represión se desató.

Allí estaba la cabeza del hombre que había llegado hasta ella, besando la tierra. El zumbido de sus oídos se confundía con los esporádicos disparos y con el ruido del motor de un camión en marcha. El sol ya no caía con tanta fuerza. -¿Está partida en dos? ¿no? -dijo alguien sin proponérselo. Creyó ver la carita de su niña. -¿Dora? -Se preguntó para sí. Deseaba sentir aquella presencia pero la imagen desapareció. Recordó a los soldados disparando, la gente en desbande, la planta de la bota estrellándose en su rostro. No podía precisar si los párpados los tenía cerrados o si los ojos mostraban sus pupilas negras en esa oscuridad de pronto inexplicable. Movié los ojos en la masa informe, sólo que ella no lo supo, y le pareció escuchar una voz lejana llamando a su niña: "¡Ven Dora, ven...!"

Mamerto Solanas.  
Escritor. La Paz.